

GEORGE STEINER, *Tolstói o Dostoievski*, Siruela, trad. de Agustí Bartra, Madrid, 2025, 376 pp. ISBN: 978-84-10415-90-4.

George Steiner empieza este ensayo diciéndonos que “la crítica literaria debería surgir de una deuda de amor”. Etimológicamente, “crítica” refiere a la capacidad para juzgar; reseña, por su parte, proviene de *resignare* y, en última instancia, de la raíz indoeuropea **sek^w-*, de la que proviene nuestro verbo “seguir”. En cierto modo, podríamos decir que todo crítico empieza siendo un reseñista, un heredero de la tradición, y que el paso de un oficio a otro se produce, siguiendo a Steiner, cuando el lector empieza a preocuparse por “conservar la salud del lenguaje y de la sensibilidad”, cuando empieza a querer ocuparse de los grandes libros y de los grandes autores. *Tolstói o Dostoievski* es, además de un estudio literario, un retorno a la “antigua crítica”, a la crítica que nace de la admiración y conserva su sentido filosófico. Habiéndose publicado en 1959, sorprende la agudeza con que Steiner percibió que “en los excesos del relativismo se encuentran los gérmenes de la anarquía” y cabría preguntarse si, más de medio siglo después, continuamos al borde de esta anarquía. ¿Hemos abandonado el concepto de clásico? ¿Continúan siendo el arte y el gusto estético más que entretenimiento y subjetividad? ¿Ha vencido la Escuela del Resentimiento, en términos de Harold Bloom, a la comprensión del sentido del lenguaje en función de su belleza o verdad?

Pero una nueva edición de *Tolstói o Dostoyevski* en español es poco probable que se deba a la continuación de la crisis que atravesaba la crítica estética del siglo pasado. Más bien, es señal de que el libro de Steiner aportó algo diferente al resto de ensayos que se habían escrito hasta el momento; sin lugar a duda, pretendía contribuir a la consolidación de Tolstói y Dostoievski como pensadores contemporáneos. Aunque, como explicará el crítico, la preferencia por uno u otro dice mucho de quien elige, ya sea un único lector o toda una generación. El logro de Steiner es especialmente admirable, pues no sabía leer en ruso y hubo de depender de las traducciones, confiando en que “en prosa, por lo menos, la maestría sobrevive a menudo a la traición” más o menos flagrante que representan. Todo induce a pensar que lo que llevó a Steiner a escribir este ensayo fue la idea de que Tolstói y Dostoievski representaban dos visiones opuestas del mundo, “dos interpretaciones radicalmente opuestas del destino del hombre, del futuro histórico y del misterio de Dios”. Por tanto, dos metafísicas y no sólo dos formas de escribir diferentes, pues en el arte maduro “el impulso hacia la creación y hacia el conocimiento sistemático, eran respuestas alternas, y sin embargo inseparables, a las presiones de la experiencia”. Pero, ¿está este dualismo justificado o es sólo un juego interpretativo?

Una de las tesis de las que parte Steiner es que la novela rusa representa, junto a la tragedia griega, Platón y Shakespeare, uno de los momentos de triunfo en la historia de la literatura occidental. Por tanto, Tolstói y Dostoievski forman parte de una misma tradición y, precisamente, son sus diferencias las que muestran su continuidad: para Steiner, el primero fue un claro seguidor de la épica homérica,

mientras que el segundo lo fue de la tragedia ática. Esta dicotomía se extiende a sus biografías, a su recepción en el mundo ruso y occidental, a la moralidad de sus personajes y temas preferidos... Tolstói es presentado como un racionalista, un novelista histórico y político que sería celebrado por los marxistas rusos; Dostoievski como un profundo creyente, un precursor del existencialismo que “fue póstumamente desterrado de la patria del proletariado”. Curiosamente, nunca hubo un encuentro físico entre ellos; como en el caso de Verdi y Wagner, no sabemos si una conversación entre ambos hubiese dado los mismos resultados que la mantenida por Joyce y Proust. Sin embargo, sí tenemos constancia de que ambos conocían la obra del otro.

La importancia de un posible encuentro tiene que ver con la influencia y la tradición, con la posibilidad de que compararlos literaria y filosóficamente sea más que un juego interpretativo. Steiner, en última instancia, propone una interpretación de *La Leyenda del Gran Inquisidor* como alegoría de su enfrentamiento y prueba de que la comparación no es necesariamente una invención de los críticos. Sin embargo, reducir los cuatro capítulos que componen el volumen a este punto de encuentro sería un error. La aparición de dos genios como Tolstói y Dostoievski no se debe al azar. A juicio de Steiner, “la gran tradición de la novela europea nace de las circunstancias que condujeron a la extinción de la épica y a la decadencia del drama serio”, probablemente motivada por el abandono del sentimiento religioso. El mundo de la novela europea es un mundo secular, es decir, un mundo en el que la técnica narrativa necesita compensar lo que es para Steiner una debilidad metafísica y una pérdida de fulgor. Si Steiner piensa que la novela rusa (y la novela norteamericana) es un acontecimiento en la historia de la literatura es, entre otras razones, porque superó los limitantes recursos del realismo francés. Y esto solo pudo haberse dado en Estados Unidos y Rusia, países en los que existía la “convicción de que estaba en juego algo más que pintar un retrato de la sociedad existente o proporcionar un entretenimiento romántico”. Es decir, que gracias a los novelistas rusos y norteamericanos la tradición europea volvió a ser una “tradición de arte filosófico”, en palabras de Steiner. Autores como Thomas Mann, en cuya obra los elementos épicos y filosóficos son indiscutibles, no se habrían formado únicamente leyendo a Flaubert (y no es impensable que incluso el propio Flaubert, debido a su frustración personal con *Madame Bovary*, hubiese estado de acuerdo). Es más, en cierto modo, la originalidad del realismo de Tolstói recae en su profundidad, en su capacidad para hacerse cargo no sólo de los hechos sino también de las preocupaciones de los personajes y los posibles debates que se abren a lo largo que avanza la trama.

El nacimiento de la novela rusa representó una separación con respecto a Europa, pero esto no quiere decir que Tolstói y Dostoievski no guardasen relación con la literatura europea: Tolstói admiraba a Homero, aunque negaba la grandeza de Shakespeare; Dostoievski, por contra, hacía uso del agón dramático y adoptaba la idea del drama y el realismo shakespereano. Como vemos, son los otros dos grandes momentos de la historia de la literatura los que estructuran el ensayo de Steiner. Es curioso destacar que, según Tolstói, la ausencia de “sentimiento estético” en Shakespeare se ve más claramente si se lo compara con Homero. Su principal acusación contra el dramaturgo es su incapacidad para producir “aquella ilusión que constituye la principal condición del arte”, ¿pensaría lo mismo de Dostoyevski, de quien Steiner dice que llega a “hacernos dudar de si nos encontramos ante una narración o una representación”? Son muchos los elementos dicotómicos que el crítico asocia a ambos: campo y ciudad, día y noche, vitalidad y fragilidad... pero, sin lugar a duda, la oposición más sustancial tiene que ver con su poética y metafísica, es decir, con su técnica narrativa y su relación con lo divino. O, dicho de otra manera, con la distancia que se establece entre el narrador, los hechos y Dios.

En las obras de Tolstói, el narrador es omnisciente, puede sugerir procesos mentales antes de que estos sean perceptibles; básicamente, se elimina la distancia entre el autor y el narrador. Por tanto, en las obras de Tolstói, el elemento dramático va siempre acompañado de lo inesperado, de la sensación de que el personaje se ha rebelado contra su propio creador, como sucede en *Ana Karenina*, donde “Tolstói sucumbió a su imaginación más que a su razón”. A juicio de Steiner, esta peculiar relación entre autor y personajes provenía de “su rivalidad con Dios y de su filosofía del acto creador”, por lo que no debería sorprendernos que el caso de Dostoievski sea totalmente diferente. El narrador de Dostoievski es también un “espectador de sus propias creaciones”, pero este no tiene conocimiento total de los personajes. Es más, la forma en que estos personajes son caracterizados también es diferente: para Tolstói, un personaje se caracteriza por lo que hace en su día a día, pero para Dostoievski lo que sea un personaje depende de la forma en que se enfrenta a la acción dramática. De hecho, la prevalencia del alma sobre el cuerpo y viceversa lleva a Steiner a defender que *La muerte de Iván Ilich* es la contrapartida de las *Memorias del subsuelo*, siendo la primera un descenso a los lugares oscuros del cuerpo y la segunda a los lugares oscuros del alma. Pero, como hemos dicho, no solo se trata del narrador y los hechos sino también de la teología de ambos autores: Dios es en el mundo de Dostoievski lo que la verdad en el mundo de Tolstói. Steiner habla de la teología radical del primero en el sentido de que la imagen de Dios está siempre en el centro: la libertad del hombre consiste en su vulnerabilidad a Dios, en la posibilidad de elegir a Dios y, por tanto, es la libertad lo que proporciona las condiciones de la tragedia. Muy diferente es la situación de Tolstói, quien necesitaba identificar a Dios con lo humano para creer en su existencia e identificaba la voz de Dios con “toda la conciencia racional de la humanidad”. Steiner concreta este punto de enfrentamiento en el hecho de que Tolstói se proponía “hacer del reino espiritual de Cristo un reino de este mundo”, lo que para Dostoievski era imposible.

A modo de cierre, recordaré que para Steiner este ensayo era algo más que un estudio comparativo, y lo es en la medida en que el último punto que aborda es, precisamente, el de la crítica. La recepción e interpretación de las obras de Tolstói y Dostoievski, su consagración o condena como autores de referencia, es muy reveladora. En la breve historia que presenta Steiner no parece haber ningún período en que ambos hayan sido considerados por igual. En un principio, Dostoievski fue celebrado como uno de los grandes escritores rusos, pero rápidamente la crítica literaria marxista se decantó por Tolstói. Curiosamente, fuera de Rusia sucedió lo contrario. Que ensayos como *Tolstói o Dostoievski* continúen siendo leídos es, quizás, la señal más clara de que ambos han asegurado su lugar en el canon.

Eric Jiayu Martos